

El Mercurio, Santiago 8 Abril 1979 P. E3 696376

Más sobre la Prosa de la Mistral

Por Ignacio Valente

Tras mi comentario de *Materias*, esas cuatrocientas páginas de prosa mistraliana, que yo admiré en muchos sentidos pero también objeté por el artificio del estilo, he recibido opiniones contrarias de lectores o estudiosos, que son devotos acérrimos de la prosa de nuestra poetisa. Ellos comparten y aún extreman el juicio de Neruda, que detectaba en la prosa de Gabriela Mistral "muchas veces su más penetrante poesía". Y hablan, con razón, de la aspereza del verso de *Tala* y *Desolación*, que a menudo encierra a la autora en un corset demasiado estrecho, haciéndola dura y llena de aristas, rugosa y abrupta; mientras que, en el espacio más amplio y libre de su prosa, ven una desenvoltura y un desenfadado mayores, una respiración más ligera y natural, que harían de su lenguaje un modelo esencial en el género de la prosa.

Para mí es imposible compartir este juicio, tanto por la admiración que me merece la poesía de Gabriela Mistral como por las dudas y desconciertos que me ofrece el estilo de sus crónicas, artículos y semblanzas. Conuerdo en la esencial aspereza de su verso, tantas veces duro y anguloso, seco de ritmo e irregular de melodía. Pero eso no es —en ella— un defecto: es una de sus grandes virtudes poéticas, es —como decía ella misma— su carácter andino y cordillero, es la superficie rugosa y polvorienta que esconde —como en tantas frutas— el secreto de una pulpa carnal y sabrosa. A mí me deleita la aspereza del verso mistraliano, su entrecocar de palabras como piedras que encienden aquí y allá un fuego prontamente devorador.

En cambio, para mi gusto, su prosa es demasiado poética, en el mal sentido de esta conjunción. Poesía y prosa tienen leyes distintas y, a menudo, contrapuestas. Lo llano de la prosa, su esencial naturalidad, puede muy bien estropearse con el brillo de la metáfora, con la complicación de la sintaxis, con el exotismo del léxico. Y eso es lo que ocurre con la prosa de Gabriela Mistral: que se contamina de poesía, se recarga de significados, y termina por padecer un visible exceso de retórica. Se convierte casi siempre en prosa poética, el más difícil de todos los géneros literarios. Yo reconozco en las páginas de *Materias* una auténtica creación verbal, novedosa, extrema, personalísima. Pero el precio de esta creación es muy alto: paga un subido tributo a lo recargado, a lo rebuscado, a lo artificial y relamido, y aun —de vez en cuando— a lo cursi.

Algunas citas no vendrán mal. "Para que yo entendiese hasta dónde llega la dulzura del idioma, cuando él quiere; hasta dónde él, que hizo el bronce cuando era trance de bronce, hace el óleo y se puede pasar, si la ocasión es de piedad, al bálsamo consumado de la consolución." "El viaje es aventura tres cuartos maravillosa y uno estúpida: suele conocerse al que sobraba antes de encontrarse y la mano a veces no golpea nunca a la puerta que se andaba buscando desde poco después que se nació. Yo no sé cómo tiene las manos, el entrecejo ni la conversación —que dicen muy soledad y muy sanamente vegetal— Pedro Salinas." Esto no es buena prosa ni buena poesía: es una contaminación recí-

proca de lo peor de ambas, un lenguaje que resulta poco claro de puro barroco y retorcido, donde la prosa pierde su llaneza en aras de una oscuridad y un retruécano que tampoco tienen nada de lírico.

Curiosamente, la ambición confesa de este estilo consiste en recoger la soltura creadora del lenguaje popular, la gracia superior del lenguaje oral. Pero ¿quién, qué pueblo, qué gente modula su decir espontáneo con tanta retórica? En Chile hay otros prosistas que se han propuesto el ideal del lenguaje hablado, su sencillez, su ausencia de afeites, su nombrar directo y esencial. Y lo han conseguido muchísimo mejor que la prosa de Gabriela Mistral, Hernán Díaz Arrieta y Joaquín Edwards Bello escriben así; con esa naturalidad del habla, que rebuñe la sintaxis compleja y el léxico extraño. Ellos sí, la Mistral casi nunca. Puede ella recoger palabras sueltas del lenguaje hablado en Chile y en América, modismos espontáneos, giros puntuales; pero no lo que más importa, el alma del idioma coloquial, su sintaxis, su vibración, su tono.

Otra intención expresa de su prosa es el rescate de lo clásico, que se define siempre por la claridad y la limpidez de la escritura. Pero lo que en ellos, los clásicos, resultaba sencillo y vivo, suelto y libre dentro de las coordenadas de su época y ambiente, resulta francamente artificioso cuando es imitado muy de cerca por una americana del Sur cuatro siglos después. Santa Teresa y Cervantes, dentro de la complejidad de su escribir, son perfectamente naturales, llanos, desenvueltos, como que poseen de veras el genio del idioma, la esencia popular del castellano en aquella encrucijada verbal en que lo encontraron. En cambio, cuando la prosa de Gabriela Mistral quiere ser teresiana y cervantina, es solamente extraña y artificiosa, tal vez por un apego demasiado consciente y deliberado —de laboratorio— a las fuentes del idioma. Su clasicismo es igual que su "dejo rural": un rescate de giros, expresiones, construcciones, pero no una recreación del espíritu vital del idioma, una inmersión espontánea en sus orígenes. De la poesía de la Mistral puede decirse que es de veras "indo-española", con un adjetivo que le era grato; de su prosa no puede repetirse lo mismo.

Otro propósito suyo era la reconquista de la expresión arcaica, que a menudo se identifica con su opuesto, la invención del neologismo, ambas cosas en la misma línea: no encerrarse en el presente estrecho del idioma, recrear pasado o hacer futuro siempre que el verbo "esté vivo y sea llano". Pero esta prosa nos entrega a menudo arcaísmos o neologismos que no son hijos de la necesidad expresiva, sino sólo una manía de no usar la palabra corriente, de buscarle un sustituto exótico. "Los ramilletes rojean con una ardienta confesada..." Se tolera quizás el "rojean" en vez del más usual "enrojecen", pero la "ardienta", en vez del "ardor", es ya demasiada búsqueda de lo insólito. Su léxico es, sin duda, abundantísimo, pero de una exuberancia a menudo pedante, por lo menos para el oído chileno.

Quizás he extremado las tintas, diciendo más de lo que pienso. Lo esencial es esto: la prosa de la Mistral es un débil subproducto de su genial poesía.

Más sobre la prosa de la Mistral [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Más sobre la prosa de la Mistral [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile